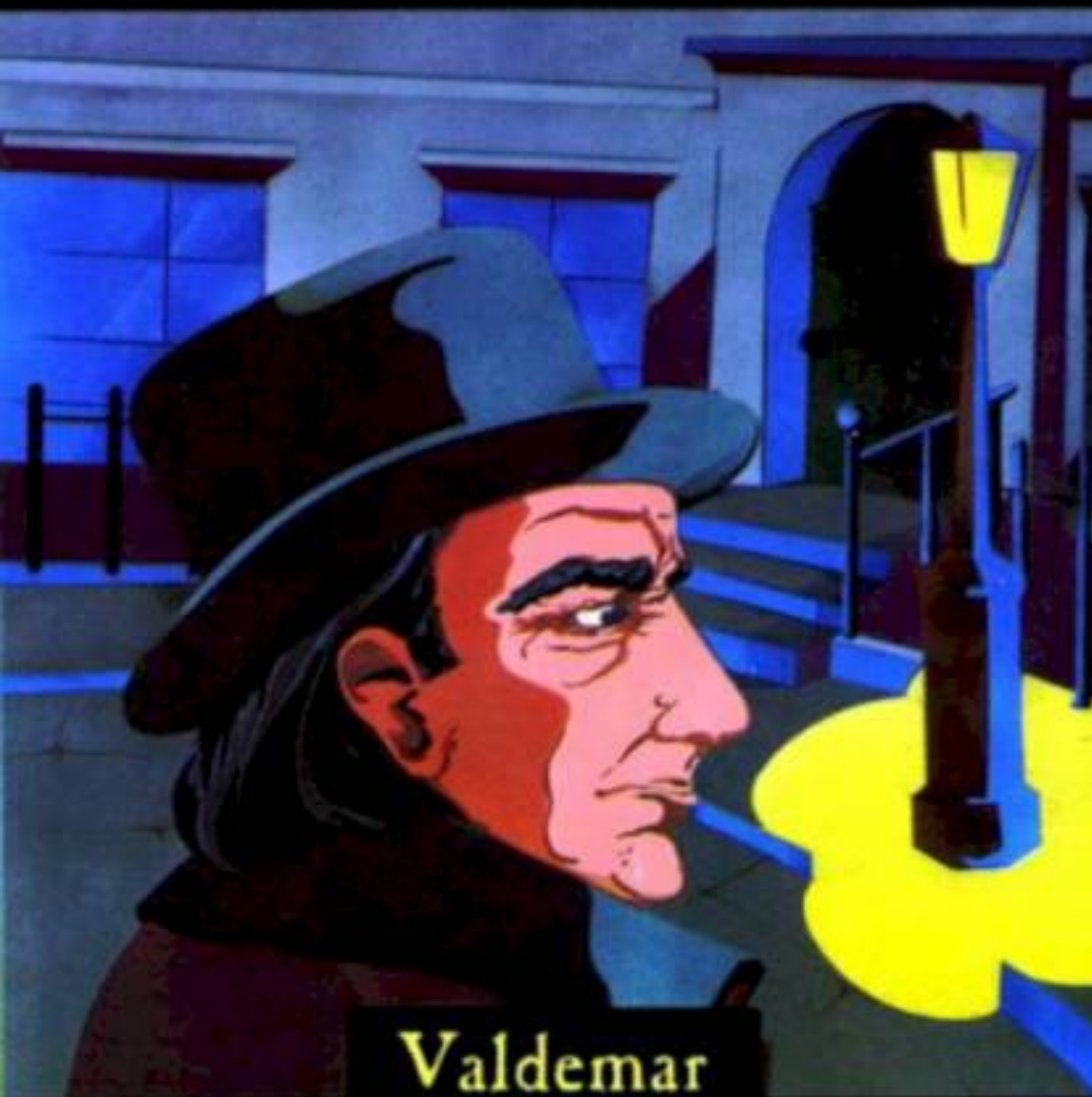


JOHN GARDNER



La venganza de Moriarty



Valdemar

los archivos de baker street

El Profesor James Moriarty, el Napoleón del crimen, el ilustre archienemigo de Sherlock Holmes, regresa de los Estados Unidos con una fortuna conseguida a fuerza de estafas, fraudes y todo tipo de pillajes. También trae un minucioso y diabólico plan de venganza para quitarse de en medio a sus enemigos, los líderes de los bajos fondos de Europa: Wilhelm Schleifstein, de Berlín; Jean Grisombre, de París; Luigi Sanzionare, de Roma, y Esteban Segorbe, de Madrid. La venganza ha de alcanzar también al inspector Crow, de Scotland Yard, y, sobre todo, al más odioso de sus enemigos: el señor Sherlock Holmes, de Baker Street.

Prólogo del autor

En el verano de 1969, tres voluminosos volúmenes encuadernados en piel pasaron de manos en el salón de una pequeña casa en Kensington. Entonces yo no sabía que esos libros, llenos de una escritura indescifrable, de mapas y diagramas, iban a trasladarme —casi de modo físico en algunos momentos— a los oscuros y secretos lugares de los bajos fondos Victorianos.

Ahora es de conocimiento público que esos libros son el diario codificado de James Moriarty, el genial criminal, diabólicamente astuto y enormemente inteligente, de finales del siglo diecinueve.

El conocido criminal que me ofreció los libros, hace seis años durante una cálida y pesada noche, se llamaba Albert George Spear, y dijo que los había tenido su familia desde la época de su abuelo. Su abuelo había sido uno de los principales lugartenientes de Moriarty.

Ya he contado la historia, en el prefacio de *El Retorno de Moriarty*, sobre cómo finalmente se descifró el código del diario y cómo mis editores pronto se dieron cuenta de que sería imposible ofrecer al público estos extraordinarios documentos en su forma original. Por una parte, presentan graves problemas legales y, por otra, contienen sucesos de tal maldad que, incluso en este tiempo permisivo, podrían considerarse corruptores.

También existe una pequeña posibilidad de que el diario se haya utilizado como un truco, perpetrado por el mis-

mo Spear, o incluso por su abuelo, quien figura en el documento con cierta frecuencia.

Personalmente no lo creo así. Sin embargo, pienso que es bastante posible que Moriarty, esa genial inteligencia criminal, al escribir el diario hubiera dado la mejor imagen posible de sí mismo y, con gran astucia, no habría contado toda la verdad. En algunos fragmentos, el diario está en fuerte desacuerdo con otros datos, especialmente con los archivos publicados por el doctor John H. Watson, amigo y cronista del gran Sherlock Holmes; en otros casos no coincide con los datos que yo he podido acumular de los escritos privados del último Superintendente Angus McCready Crow, el oficial de la Policía Metropolitana asignado al caso Moriarty durante los últimos años del siglo pasado.

Teniendo todo esto en cuenta, mis editores me aconsejaron muy prudentemente que escribiera una serie de novelas basadas en el *Diario de Moriarty*, alterando de vez en cuando los nombres, fechas y lugares allí donde me pareciera aconsejable.

Se nos ocurrió que esos libros, modelados a partir del diario, serían de gran interés, y no sólo para los adictos a las memorias de Sherlock Holmes del doctor Watson, sino también para el lector más general a quien podría entreteenerle la vida, la época, las aventuras, la organización y los métodos del supremo y maligno criminal al que en una ocasión Holmes llamó el Napoleón del Crimen.

El primer volumen, *El Retorno de Moriarty*, trataba entre otras cosas sobre la verdadera identidad del Profesor James Moriarty; la estructura de su sociedad criminal; su propia versión de lo que realmente sucedió cuando se encontró con Sherlock Holmes en las cascadas de Reichenbach (descrito por Watson en *El Problema Final*), su lucha por mantener el dominio sobre todo el hampa londinense de principios de la década de los noventa; su alianza con cuatro de los más importantes criminales europeos —Wilhelm Schleichstein de Berlín; Jean Grisombre de París; Luigi San-

zionare de Roma y Esteban Segorbe de Madrid—; y los detalles, hasta ahora inéditos, del miserable complot contra la familia Real Británica.

El actual volumen es una continuación de la historia, aunque puede leerse, por supuesto, como una entidad separada.

De nuevo tengo que agradecer a la señorita Bernice Crow, de Cairndow, Argyllshire, bisnieta del Superintendente Angus McCready Crow, por haber podido utilizar el diario de su bisabuelo, los cuadernos, correspondencia personal y apuntes.

También debo agradecer a los numerosos amigos y colegas que me han dado un verdadero apoyo en esta empresa de tantos modos que aquí sería imposible exponer. En particular doy las gracias a Enid Gordon, Christopher Falkus, Donald Rumbelow, Anthony Gould-Davies, Simón Wood, Jonathan Clowes, Anne Evans, Dean y Shirley Dickensheet, John Bennett Shaw, Ted Schultz, Jon Lellenberg y muchos otros que prefieren, en ocasiones por razones obvias, permanecer anónimos.

John Gardner,
Rowledge, Surrey, 1975

Cuando se entorpece o amenaza un triunfo personal, o su estatus o su reconocimiento, suele pensar en alguna persona o personas que entorpecen su triunfo, o amenazan su estatus, o desaprueban su reconocimiento. De esta forma, intentará vengarse removiendo la causa, en este caso, la persona en cuestión.

Principios de Criminología
Edwin H. Sutherland & Donald R. Cressey.

Si alguna vez dispone de uno o dos años libres, le recomiendo el estudio del Profesor Moriarty.
Sherlock Holmes en «El Valle del Terror».

LONDRES Y AMÉRICA: Crow sobre la pista

Viernes 25 de mayo de 1894 - viernes 22 de agosto de 1896

Un poco antes de las cinco en punto de un viernes por la tarde de finales de mayo, en esa fría primavera de 1894, un cabriolé subió hasta el 221B de Baker Street y dejó a un hombre alto y tosco, de porte erguido, y con esa estampa autoritaria que muestra que esa persona ha pasado su vida con los militares o con la policía.

En este caso era la policía, ya que no era otro sino el Inspector Angus McCready Crow del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard.

Aproximadamente una hora antes, Crow estaba junto a la ventana en su oficina de la policía, mirando a lo largo del bullicioso río, y con un telegrama bien extendido entre sus manos.

El mensaje era breve e iba al grano:

Un poco antes de las cinco en punto de un viernes por la tarde de finales de mayo, en esa fría primavera de 1894, un cabriolé subió hasta el 221B de Baker Street y dejó a un hombre alto y tosco, de porte erguido, y con esa estampa autoritaria que muestra que esa persona ha pasado su vida con los militares o con la policía.

En este caso era la policía, ya que no era otro sino el Inspector Angus McCready Crow del Departamento de In-

vestigación Criminal de Scotland Yard.

Aproximadamente una hora antes, Crow estaba junto a la ventana en su oficina de la policía, mirando a lo largo del bullicioso río, y con un telegrama bien extendido entre sus manos.

El mensaje era breve e iba al grano:

Le agradecería que me llamara hoy a las cinco en punto.

La firma era de Sherlock Holmes y, mientras leía la misiva, Crow reflexionó que sólo había un asunto que deseaba discutir con el gran detective.

Sus manos temblaron ligeramente: una reacción emocional de esperanza. Crow recelaba con esta emoción, sobre todo cuando le dominaba. Sus casos salían adelante o fracasaban de acuerdo a los hechos, la lógica y la ley. Ahora le decía la lógica, a pesar de que Holmes deseara verle, que lo más probable es que no hablaran del Profesor James Moriarty.

Durante la última ocasión en que ambos hablaron, Holmes había despachado ese asunto con mucha rapidez.

—Mi enemistad con el Profesor Moriarty finalizó hace mucho tiempo en las cascadas de Reichenbach —dijo con claridad—. Desde entonces no se sabe más.

Eso sucedió hace algunas semanas: antes de que Crow hubiera probado que Moriarty todavía vivía y dirigía su imperio criminal desde sus cuarteles generales en Limehouse; antes de que se hubiera enterado de la reunión de los líderes del crimen europeo, con Moriarty a la cabeza; antes del triste asunto en Sandringham, cuando Crow estuvo a punto de meter al maldito Profesor entre barrotes.

Ahora estaba delante de la fachada de la casa de Baker Street, con la mano acercándose al llamador. Moriarty se había ido: había desaparecido como si nunca hubiera existi-

do y el sentimiento de fracaso y frustración al haber perdido por tan poco a este canalla no se alejaba de la mente de Crow, hasta hacer que olvidara otros asuntos, incluyendo su inminente matrimonio.

La fiel señora Hudson respondió a la llamada de Crow, le dijo que le estaban esperando y le condujo escaleras arriba, donde encontró a un gran hombre que le aguardaba con el ánimo excitado.

—Pase y siéntese, querido compañero. Aquí, en la silla de mimbre —dijo Holmes con gran alegría, conduciendo a Crow hasta la chimenea de su desordenado cuarto de estar.

Después de haber pedido a la señora Hudson si sería tan amable de traer algo de té, el detective esperó a que la puerta se cerrara antes de sentarse en su lugar favorito y clavar firmemente los ojos en Crow.

—Espero que no tenga inconveniente —comenzó—. Veo que viene directamente de su oficina.

Crow debió mirar con sorpresa, ya que Holmes sonrió con indulgencia.

—No es difícil deducirlo, ya que veo que tiene algunas partículas de papel secante rosa adheridas a su puño —añadió—. Si mis ojos no me engañan, se trata del papel rosa que suele utilizarse en las mesas de las oficinas de la Policía Metropolitana. A través de pequeños detalles como éstos, señor Crow, conducimos a los criminales a su justo destino.

Crow sonrió y asintió con la cabeza.

—Ciertamente, señor Holmes, he venido directamente desde la oficina de Scotland Yard. En cuanto supe que a primera hora de la tarde usted estaría en el Foreign Office.

Ahora le tocaba asombrarse a Holmes.

—Muy astuto, Crow. Por favor, dígame cómo lo ha deducido.

—Me temo que no es una deducción. Resulta que mi sargento, un muchacho llamado Tanner, pasaba por casuali-

dad por Whitehall y le distinguió a usted. Cuando le dije que iría a verle, me lo recalcó.

Holmes parecía un poco contrariado, pero pronto volvió a su buen humor habitual.

—Deseaba verle especialmente a esta hora. Mi buen amigo y colega, el doctor Watson, está ahora mismo realizando una visita en Kensington, con la intención de volver aquí antes de que seamos demasiado viejos. Desde luego, es un visitante habitual y bienvenido, aunque hoy estará ocupado hasta después de las ocho de la tarde y, por tanto, no nos molestará. Ya se habrá dado cuenta de que lo que tengo que decirle es confidencial.

En ese momento la señora Hudson llegó con el té, por lo que se dejó la conversación hasta que se sirvió la infusión y las distintas mermeladas y pasteles que les había ofrecido la señora de la casa.

Una vez que se encontraron solos de nuevo, Holmes continuó con su monólogo.

—Hace poco que he vuelto a Londres —comenzó—. Es posible que piense que durante las anteriores semanas he estado totalmente ocupado con el peligroso asunto del banquero, el señor Crosby. Pero ¿supongo que no estará muy interesado en las sanguijuelas rojas?

El gran detective se tomó una ligera pausa, como esperando que Crow manifestara un gran interés por el tema, pero, como no se produjo, Holmes suspiró y siguió hablando en tono grave.

—Ha sido esta misma tarde cuando me he enterado del terrible asunto de Sandringham.

Al decir esto, Crow se sorprendió, ya que Holmes no se encontraba entre las personas que tenían acceso al fichero.

—Es muy confidencial. Confío en que...

Holmes hizo un gesto impaciente con su mano derecha.

—Su sargento me vio al salir esta tarde del Foreign Office. Había visitado a mi hermano, Mycroft. Su Alteza Real le había consultado sobre el tema. Mycroft, a cambio, prome-

tió hablar conmigo. Estoy más impresionado y angustiado de lo que podría decirle o incluso admitir ante mí mismo. Recuerdo que durante nuestro último encuentro le conté que mi enemistad con James Moriarty finalizó en las cascadas de Reichenbach. Bien, Crow, eso es lo que debe pensar el mundo, al menos durante muchos años. Pero estos monstruosos actos de anarquía dan un nuevo cariz al asunto —hizo una pausa, como si estuviera a punto de decir una frase trascendental—. No tengo intención de que la opinión pública me asocie con cualquier investigación referente al despreciable Moriarty, pero le ayudaré todo lo que pueda de forma privada y confidencial. Y realmente necesitará ayuda, Crow.

Angus McCready Crow asintió con la cabeza, y apenas creía lo que escuchaban sus oídos.

—Sin embargo, tengo que advertirle —continuó Holmes— que no debe divulgar la fuente de información. Existen razones personales para ello, y cuando llegue el momento serán divulgadas sin ninguna duda. Pero en esta coyuntura necesito su solemne juramento de que no dirá a nadie que tiene acceso a mis ojos, oídos y mente.

—Tiene mi palabra, Holmes. Desde luego que puede contar con mi palabra.

Crow estaba tan impresionado por el repentino cambio de idea de Holmes que tuvo que reprimir el fuerte deseo de bombardearle con una descarga de preguntas. Sin embargo, por fortuna, se contuvo, ya que sabía que ésa no era la forma adecuada.

—Aunque parezca extraño —Holmes continuó atravesando a Crow con una firme mirada—, me encuentro en un dilema. Existen algunas personas a las que tengo que proteger. Sin embargo, también debo cumplir mi obligación como inglés, pido perdón como quien viene del norte de la frontera —sonrió entre dientes durante un segundo de su propia broma; inmediatamente desapareció la risa y Holmes volvió a su anterior seriedad—. Este ultraje contra un

personaje real me deja poco margen para maniobrar. Dispongo de poco tiempo para el cuerpo oficial de detectives, como bien debe saber. Sin embargo, querido Crow, mis observaciones me dicen que usted posiblemente es el mejor de una mala cuadrilla, por lo que no me queda otra opción que recurrir a usted.

Se produjo una suave pausa, durante la cual Crow abrió la boca como para objetar las injuriosas observaciones de Holmes. Sin embargo, antes de que pudiera traducir sus pensamientos a palabras, el gran detective estaba hablando de nuevo y de forma más animada.

—Y ahora, a trabajar. Hay dos preguntas que debo hacerle. Primera, ¿ha examinado alguna de las cuentas bancarias? Segunda, ¿ha estado en la casa de Berkshire?

Crow estaba desconcertado.

—No sé nada de cuentas bancarias, y jamás he oído nada de la casa de Berkshire.

Holmes sonrió.

—Lo suponía. Bien, escuche con atención.

Era evidente que Holmes era una mina de información sobre Moriarty y sus costumbres («¿Piensa que no sé nada de los informadores, de la guardia pretoriana, de los matones, de los chantajistas y del control que posee sobre toda la banda?», preguntó en cierta ocasión). La casa Berkshire, tal como la llamaba, era una gran mansión de campo, edificada a principios del siglo anterior, conocida como Steventon Hall, y situada a media milla entre los mercados de Faringdon y Wallingford, a unas cuantas millas del caserío de Steventon. Según Holmes, Moriarty había comprado la casa hace algunos años, y el gran detective había deducido que su finalidad era servir de refugio durante la época de necesidad.

—Si yo estuviera en su pellejo prepararía un grupo para atacarlos —dijo Holmes con un dejo humorístico—. Pero imagino que los pájaros volaron de esas tierras hace mucho tiempo.

Las cuentas bancarias eran otro asunto y Holmes las explicó durante un buen rato. Durante algunos años siguió la pista de una serie de cuentas, con distintos nombres, utilizadas por Moriarty en Inglaterra. También había unas catorce o quince más en el extranjero, sobre todo con el *Deutsche Bank* y *Credit Lyonnais*. Había ido anotando los detalles de todas en una hoja de papel para cartas con el membrete «The Great Northern Hotel» de King's Cross. Ofreció este papel a Crow, quien lo aceptó con gratitud.

—No dude en buscarme cuando necesite más ayuda —le dijo Holmes—. Pero le ruego que haga buen uso de su discreción.

Más tarde, cuando el hombre de Scotland Yard estaba a punto de marcharse, Holmes le miró con gravedad.

—Atrape al canalla y fíchelo, Crow. Es mi más ferviente deseo. Es lo que yo mismo haría. Atrápelo.

Angus McCready Crow, un policía radical, se alegró sinceramente de la capacidad y brillantez del gran detective. Este encuentro con Holmes fortaleció su resolución en lo referente al Profesor, y desde ese momento los dos hombres trabajarían en secreta armonía hasta conseguir la caída de Moriarty.

Aunque distraído por su inminente matrimonio, Crow no perdió tiempo. Esa misma noche hizo gestiones en relación a las cuentas bancarias y entró en contacto rápidamente con la policía local de Berkshire.

En un plazo de dos días reclutó a un grupo de detectives y, junto a numerosos policías, hizo una redada en Steventon Hall. Sin embargo, como Holmes había predicho, ya era demasiado tarde. No existía ninguna evidencia de que el Profesor hubiera estado recientemente en la casa, pero después de examinar los edificios y de un interrogatorio intensivo del populacho de la zona, se llegó a la conclusión de que algunos de los secuaces de Moriarty habían habitado el lugar hasta hace poco tiempo.

En realidad, su estancia había sido realmente evidente; su presencia no era ningún secreto, con muchas idas y venidas de hombres de aspecto tosco.

De todo ello, Crow dedujo que al menos cinco personas se habían alojado de forma permanente en Steventon Hall. Dos de ellas se presentaron como futuro matrimonio, de forma bastante abierta, y sus nombres aparecieron como Albert George Spear y Bridget Mary Coyle, y la ceremonia se llevó a cabo en la parroquia local cumpliendo todos los requisitos legales y religiosos. También había un par de hombres «grandes y fornidos». «Elegantemente vestidos pero con aspecto tosco»; y «como un par de hermanos, muy corpulentos». La quinta persona era china, y muy conocida en esa pequeña zona campestre, donde la gente ya se había fijado en sus maneras educadas y su alegre semblante.

Crow apenas tenía dificultad para identificar al chino: un hombre llamado Lee Chow a quien ya conocía. Albert Spear tampoco suponía ningún problema; era un hombre grande con la nariz rota y una cicatriz desigual que bajaba por su mejilla derecha, casi desde el ojo hasta la comisura de la boca. Ambos hombres, como ya sabía el detective, estaban muy próximos a Moriarty y formaban parte del cuarteto al que el Profesor gustaba llamar su «guardia pretoriana». De los otros miembros de la élite de sus guardaespaldas, el grande Pip Paget y Ember, de aspecto de lebre, no había ni rastro. Crow llegó a la conclusión de que Paget se había escondido después de la derrota de la organización de Moriarty en abril, pero el paradero de Ember le preocupaba.

La corpulenta pareja era otro asunto, ya que podrían haber estado entre las docenas de secuaces del Profesor antes de la escapada desesperada de las garras de Crow.

La despensa de Steventon Hall estaba bien surtida, hecho que hizo pensar a Crow que este quinteto singularmente variado había huido con gran precipitación. No se en-

contró casi nada de importancia, excepto un fragmento de papel con los horarios del paquebote de Dover con destino a Francia, que estaba lleno de garabatos. Posteriores investigaciones evidenciaron que al menos el chino había estado en el paquebote durante su crucero, y sólo tres días antes de que la policía hiciera la redada en la casa de Berkshire.

En cuanto a las cuentas bancarias de Moriarty en Inglaterra, todas, excepto una, se habían cancelado y los fondos se habían transferido a las dos semanas de la desaparición del Profesor. La única cuenta que quedaba estaba a nombre de Bridgeman en el National Bank situado en el centro financiero de Londres. La cantidad total en depósito era poco más de tres libras y dos chelines.

—Da la impresión de que los huéspedes de Steventon Hall han partido para Francia —dijo Holmes después de que Crow le consultara—. Apostaría que allí se han reunido con su líder. En este momento ya estarán todos cómodos y calientes con Grisombre.

Crow levantó las cejas y Holmes sonrió entre dientes con gran placer.

—Pero todavía hay algo que se me escapa. Ya conozco el encuentro entre Moriarty y sus amigos del continente. ¿Supongo que tendrá todos los nombres?

—Bien —Crow movió los pies con inquietud.

Había supuesto que esos informes sólo eran una prerrogativa de Scotland Yard, ya que entre los hombres que citó Holmes se encontraban Jean Grisombre, el capitán del crimen francés con base en París; Wilhelm Schleichstein, el Führer del hampa berlinesa; Luigi Sanzionare, el hombre más peligroso de Italia, y Esteban Bernardo Segorbe, la sombra de España.

—Parece probable que estén con Grisombre —agregó Crow tristemente—. Sólo desearía que supiéramos el propósito de la reunión en Londres de los más importantes criminales del continente.